

vino todavía otro, previniéndole que por la parte de Ojijar y Andarax se había descubierto grande escuadron de moros todos de blanco, y caminando á toda priesa. A esto respondió su esclencia que pasase la palabra de secreto de uno á otro, para que todos los soldados prontamente pudiesen las cuerdas en las serpezueltas de los arcabuces, y estando ya puesto todo á punto y bajo del órden que había señalado el buen marqués, no tardó en oírse por la parte de Dalías el temeroso alarido de *al arma, al arma, que viene el enemigo*. Luego aquel confuso escuadron morisco acometió con mucha furia, dándole su descarga de arcabucería en las banderas cristianas que estaban en aquel lado, y cuyos capitanes con valeroso ánimo resistieron la demasiada pujanza que traían los moros; hizo en ellos notable daño nuestra arcabucería correspondiendo á su carga; pero como ellos eran tantos, no hicieron aprecio del número de los que habían muerto, y rompiendo por el cuerpo de guardia de los cristianos, entraron hasta llegar á las banderas del reducido, mandadas por los capitanes Barrionuevo, Cantos y Cañabate. Defendieron estos aquella entrada heroicamente; y si los soldados que militaban bajo de sus banderas fueran de tanto valor como ellos, jamás pasaran los moros adelante; pero la gente del reducido, cobarde y bisona, como poco acostumbrada á hallarse en tales ocasiones, se dejó poseer de un pánico terror, y dió á huir desamparando sus banderas, y no parando hasta meterse en la torre de la iglesia. Por esta causa llegando los moros en confuso tropel, ganaron la bandera del capitán Barrionuevo, habiendo atropellado á su alférez. Viéndose el bravo capitán desamparado de sus soldados y en poder de enemigos su bandera, lleno de indignación, como un león desatado arremetió contra toda la escuadra morisca, yendo solo en su ayuda su buen alférez, y entre los dos hicieron tanto á cuchilladas, que tornaron á recobrar su bandera matando al turco que la llevaba, y junto dél á otros muchos moros que se la defendían.

Llegó esta noticia á su esclencia, y mandó que nadie se saliese de la plaza de armas. A esta sazón se oyó de la parte de Ojijar grande rumor de arcabucería, y la causa era haber llegado allí con grande pujanza y dando fuertes alaridos la otra division de enemigos; mas si traían pujanza no hallaron menos en el valeroso Alonso Martínez Galtero, en sus oficiales subalternos, y en todos los bravos soldados que estaban de guardia en aquella parte. Aquí se comenzó una batalla cruel, donde murieron muchos moros á manos de los cristianos, habiendo hecho maravillas los de Murcia, porque como aquellos venían de blanco eran conocidos fácilmente, y por estos hechos pedazos; pero con todo eso el cuerpo de guardia fué roto también, y todo el lugar se llenó de escuadras moriscas que peleaban como dañados. A los capitanes de Lorca, á sus alféreces y sarjentos no les holgaban las manos, porque cada uno de por sí guardaba su calle valerosamente, sin dejar pasar á ningún moro á la plaza de armas. Luis de Guevara, capitán bravo, guardó tan bien la calle de Agua, y mostró tanto valor en su persona, que fué maravilla, contándose mas de cincuenta moros muertos por su mano. No menos ardor mostraba Juan Mateos Rendon con su excelente compañía, pues por la parte en que estaba no pudieron sus enemigos dar un solo paso adelante; del mismo modo se distinguieron Juan Navarro de Alba, Juan Felices Duque, Adrián Leonés de la Alberca, y finalmente todos los capitanes de Lorca con sus soldados, que se distinguieron matando é hiriendo en los moros duramente. Estos á la sazón habían ya roto con gran pujanza todos los cuerpos de guardia, y por su parte hacían notable daño en los cristianos: allí mataron á un ayo del hijo del conde de la Coruña y á algunos otros soldados. El buen capitán Nofre Ruiz, apostado á la parte de Adra, aguardaba la tercera manga de moros que

habían de venir por allí; y en cumplimiento de la órden que se le había dado, se mantuvo firme en su puesto, aunque él y los suyos mas quisieran hallarse en la refriega que pasaba; deste modo se mantuvo dudosa la batalla hasta que abrió bien el día, á cuya luz los cristianos obraban prodigios contra los moros.

Siendo advertido el buen marqués del estado en que estaba la lucha, quisiera salir con su caballería contra los enemigos; pero como tenía noticia de que solamente habían llegado dos escuadras de moros, y faltaba la otra que debía venir por la parte de Adra, no se resolvió á dejar por entonces la plaza de armas. Andaba como digo la batalla dudosa, levantándose por todas partes gran vocería, y resonando las trompetas y cajas militares entre el choque de las armas, de modo que parecía hundirse aquellas sierras. Era tanta la humadera de la pólvora, que no se podían divisar bien los unos á los otros; y sé decir, que si los moros fueran soldados y medianamente diestros en la guerra, allí acabarían con todos los cristianos, sin que escapara uno; porque veinte y dos mil hombres bien armados poco tenían que hacer para destruir á dos mil. Quiso Dios por su misericordia librar de aquella afrenta al buen marqués de Vélez y á los demás de su campo; para lo cual sirvió eficazmente un ardid. Andaba la batalla muy encendida por todas partes, y entendiéndose que á punto de que los moros, por ser muchos, salieran con victoria, cuando se oyó una voz, que no se supo de dónde venía, ni quién la dió, diciendo: *á ellos, á ellos, que huyen, que huyen los moros*. Oída esta voz por los cristianos, cobraron grande ánimo, y aunque no osaban dar el *Santiago* sin la órden de su general, arremetieron á los moros, los cuales sobresaltados por aquella voz y desmayados de todo punto, comenzaron á salir con priesa del pueblo y á huir la vuelta de Andarax.

Siendo dello avisado el marqués, mandó que prontamente se reconociese un olivar que había á la parte de Adra, y que viesen si Nofre Ruiz con su gente estaba de guardia en aquel punto; hizose al instante la diligencia, y respondieron al marqués, que por allí no parecía otra cosa mas que el susodicho Nofre Ruiz, siempre firme en el puesto que se le había señalado. Luego su esclencia mandó á este capitán que partiera de allí y siguiese á los moros, como lo hizo llegando á muy buena ocasion con su gente, y pudiendo muy bien mostrar su valor y la fortaleza de ánimo de sus soldados. Además, luego que el marqués vió que estaba seguro por la parte de Adra, mandó dar el *Santiago* á todo el campo, que tocasen las trompetas, y él al mismo tiempo con toda la caballería arrancó contra los moros alanceándolos, y matando á tantos por entre sus desventurados escuadrones, que estos entonces cayeron de ánimo enteramente, y puestos en fuga no aguardaron mas para sostener el impetuoso choque de las armas cristianas. Huyendo los moros parecía que volaban por los aires; y no pudiendo alcanzarlos los caballos, en un instante se escaparon todos por aquellas sierras, dejando cerca de tres mil muertos en los caminos. No olvidando el marqués que por la parte de Adra aun podría venir la tercera manga de moros prometida, mandó que se tocase á recoger, y estando de vuelta en Verja, quiso que aquellos soldados del reducido que huyeron de la batalla, en castigo, sacasen los muertos del lugar al campo y los quemasen. Se hallaron muchos pertrechos de guerra de los moros; como escopetas, alfanjes, gorguercos y otras armas, que fueron de gran provecho; luego mandó que al ayo del hijo del conde de la Coruña se le enterrase en la iglesia honradamente, y también á otros cristianos que murieron en la batalla. Esta fué tan sangrienta como gloriosa para los vencedores; pero teniendo ya necesidad de volver á tratar de las cosas de Granada y de lo que allí se ordenó, dejaremos al marqués de Vélez hasta su tiempo, diciendo primero

un romance que sobre el contenido deste capítulo hizo un servidor de su esclencia.

Después de aquella victoria
Que el reyecillo tuviera
Del buen Alvaro de Flores,
Tan dolorosa y sangrienta,
Con gran soberbia y orgullo
Juntó consejo de guerra;
Seis leguas había en medio,
Donde su real asienta:
Luego envía tres espías
Para descubrir la tierra
Y el real de los cristianos,
Si estaba puesto de guerra.
Los espías vuelven luego,
Y al reyecillo dan nueva,
Que bien puede acometer
Al de Vélez y sus tiendas.
El de Vélez muy confuso
Estaba en estas comedias:
No sabe d'ó están los moros,
Ni d'ó tienen sus banderas.
Para saber algo dello
Grande diligencia hiciera;
Enviado ha dos espías
Vestidos á la turquesca,
Que saben la lengua mora
Como criados en ella.
Estos trajeron dos moros
Que saben bien de la guerra:
Al uno dieron tormento,
Y en él cantando da cuenta
Cómo Abenhumeya viene
A darle batalla fiera
Con tres escuadras de gente,
Formadas de sus banderas,
Y pasan de veinte mil
Los que vienen de pelea.
El marqués luego se alista
Para el alba venidera.

Porque confesó el morisco
Que antes que el alba rompiera
Habían de dar asalto
Por las tres partes á Verja,
Y así puso el campo en arma
Como muy diestro en la guerra.
Tan solo falta una hora
Para que el alba aparezca,
Cuando llegaron los moros
A dar crudo asalto á Verja.
Mas los famosos cristianos
No fallan en la pelea,
Que con ánimo sobrado
Dan en los de Abenhumeya;
Y al romper del claro día
La batalla va sangrienta.
Pero tanto es el valor
De las cristianas banderas,
Que hacen al enemigo
Subir huyendo á la sierra.
El valeroso marqués
Llevaba la delantera,
Matando y alanceando
Al que delante cogiera:
El solo por su persona
Mató moros mas de ochenta.
Toda la caballería
Puso á Muley en afrenta,
Matándole la canalla
Que enviado había á Verja.
Murieron mas de tres mil
Moriscos en la pelea;
Los demás fueron huyendo
Españados por la sierra.
Alcanzada esta victoria
El marqués se vuelve á Verja,
En donde le dejaremos
Hasta que demos la vuelta.

CAPITULO XIII.

En que se pone cómo el marqués de Mondéjar fué á la corte, y luego volvió á Granada libre de las acusaciones que sus enmigos habían provocado; y cómo enojado el reyecillo por que el marqués de Vélez desbarató su gente, puso cerco á Vera, saqueó las cuevas y las demás villas del marqués.

Ya hemos contado cómo salió de Orjiva el marqués de Mondéjar, dejando allí su real y poniendo presidio de valerosos soldados en los lugares mas fuertes, conforme se lo había mandado su Majestad. Luego pues que el marqués llegó á la corte se le hicieron cargos de que estaba muy distante, y á los cuales cumplidamente satisfizo, sacándose en limpio su inocencia, y quedando libre de todo lo que era imputado. Visto así por su Majestad le mandó volver á Granada para aguardar allí sus órdenes posteriores y entre tanto proveer desde allí de lo necesario á los presidios de las Alpujarras. Dejemos pues al marqués de vuelta en Granada, y reconócido como leal y fiel vasallo, para decir algo del rey Abenhumeya, que muy enojado por la derrota de su gente, resolvió destruir los lugares propios del marqués de Vélez, y asimismo dió órden de cercar á Vera y tomarla por fuerza de armas, atento á que aquella ciudad, estando cerca del mar, era muy conveniente para el fin de sus intenciones, y porque si venían los socorros de Arjel ó de Fez tuviesen donde desembarcar las banderas africanas, sin que les parase perjuicio. Aunque es playa la mar de Vera, tiene desembarcaderos muy buenos y cercanos, como son el puerto de Aguilas, los terros blancos, y otras calas grandes y seguras de las procelas del Océano. Así es que para esto Abenhumeya, queriendo tomar el parecer de sus capitanes y de los demás jefes de su campo instruidos en el ejercicio militar, los juntó en consejo de guerra; pero también le dejaremos aquí con los suyos para hablar de la barca que tomó la vuelta del poniente, llevando los despachos del reyecillo al de Fez, pidiéndole favor y ayuda para continuar la guerra de Granada.

Partido pues el bajel del Farallon de la mesa de Roldán, atravesando el mar de España y llegando á las riberas de Berbería, tomó el derrotero de poniente, y le siguió hasta el famoso rio de Tetuán, en donde desembarcaron solos dos de los que iban, y tomaron la vuelta de Fez y Marruecos. Luego que llegaron á la presencia

del rey de Fez presentaron los despachos que llevaban de Abenhumeya, y abierta una carta escrita en arábigo granadino, se vió que decía así:

«A ti, soberano y poderoso rey de Fez y su distrito, te conceda salud el santo Alá, Mahoma también te bendiga y sea propicio, para que con valor y pujanza goces siempre el real cetro y la corona con tanta razon por tí poseída. Has de saber, muy poderoso señor, que el santo Alá por su infinita misericordia ha querido que el antiguo reino de Granada, de antes ganado y poblado por las naciones africanas desos tus reinos, se haya levantado con justa razon contra el rey de Castilla, que le tenía tiranizado cruelmente y puesto en servidumbre perpetua; de manera que los moradores de dicho reino, deseando recobrar la dulce libertad á fuerza de armas, me eligieron por su rey como legítimo descendiente de sus soberanos, y de aquel claro tronco de Abenhumeya; y para salir airoso con su pretension, he acordado implorar tu favor y real auxilio, el cual por tus mayores jamás fué negado en los pasados tiempos á los reyes de Granada. Alentado con esta confianza, como deudo tuyo muy cercano y de tu real sangre procedente, te suplico que no me lo niegues, pues no hay derecha causa para negarlo. Y para que entiendas si lo puedes dar con fundamento, sabrás que debajo de mis banderas militan mas de cien mil soldados de la secta mora, todos bien armados; y no cuento todavía con otros doscientos mil que aguardan, para levantarse, la ocasion de tu socorro; sabiendo muy cierto, que con él y el que juntamente espero del Gran Señor prometido, toda España quedará pronto sometida á las africanas banderas y puesta bajo de las reales coronas de Africa y Libia, como de antes solia estarlo. Suplico pues á tu grandeza, que no sea liberal en socorrer á tus deudos, pues dello resultará al cabo tanta gloria, honra y provecho. Queda tuyo. De Granada etc. — *Abenhumeya, rey.*»

El rey de Fez, acabando de leer esta carta, se maravilló mucho de que se hubiera levantado aquel reino contra la grande potestad del rey Felipe; y luego entendió, como hombre prudente y considerado, que no podia tener buen fin semejante guerra, haciéndose á un soberano tan poderoso, que habiendo sujetado á casi todas las naciones del mundo, no consentiría largo tiempo dentro de sus mismas tierras aquel levantamiento. Así, consultando la razon, y no despreciando el éxito que pudiera resultar, dió á los mensajeros del reyecillo su respuesta á las cartas que habían traído, y los despachó con algunos regalos, especialmente con una rica sortija de oro, en la cual estaban esculpidas sus reales armas. Con esto partieron de Fez los granadinos, y no pararon hasta donde habían dejado su bajel con los demás compañeros, los cuales se holgaron mucho con su llegada. Saliendo de allí con buen tiempo arribaron en pocos dias á Sorbas, donde desembarcaron, y entrando por la tierra adentro supieron que el reyecillo estaba en lo alto de las Alpujarras en un lugar llamado Codbar. Fueron allá, y llegaron al tiempo en que estaba ocupado en el consejo de guerra sobre la ida á Vera, de que ya hemos hablado. Luego que Abenhumeya supo el arribo de los mensajeros recibió de su mano muy alegre las cartas del rey de Fez y la sortija real que le regalaba; fueron luego las cartas abiertas, y se vió que en arábigo decían así:

«Prospera Mahoma tu estado, y te dé favor para que salgas de tu pretension como deseas. Recebí una tuya en la cual, por vía de parentesco y porque á ello obliga la razon, me pides socorro para entrar en esos reinos de España, diciendo que eres rey de Granada, y que te has levantado con todo el reino contra la potencia del rey Felipe. Grande y dificultosa cosa emprendes, y tal que imagino no tendrá buen fin; porque mal podrá ser contrastado por tí aquel que tiene casi todo el mundo debajo de su pié. Mira pues con atencion, y advierte bien lo que

pretendes; porque aquel que no considera los fines no puede acertar en los principios. Los tiempos de ahora no son como los pasados de que hablas, cuando entraron los moros en España. Esta nación tiene ahora un rey, y en aquel tiempo, si lo había, no tenía justo título, ni las armas que ahora se usan en la guerra se usaban entonces. Cada uno de los vasallos que tiene el rey de Castilla vale tanto ó mas que Rodrigo el que perdió la España; y con tal rey y tales vasallos es muy difícil de conquistar una nación. Toma mi consejo, Abenhumeya, y reconcíliate con tu señor, pues así le puedo llamar; allana las banderas, humilla los pensamientos, y no des lugar á tu total perdición. Si quieres vivir en libertad y no estar sujeto á Felipe, sal de España, pasa el mar y vente á mis estados de Africa, que como deudo que eres mío, descendiente de mi real sangre, te aseguro de que serás de mí estimado y de mis gentes, preferido á otros que andan á mi lado. Si no quieres hacer lo que te aconsejo, sino seguir tu intento, y acaso Mahoma te fuere tan propicio que le puedas llevar adelante, mejorándose tus cosas y dándote el Gran Señor el ayuda de que hablas, yo también te ofreció buenos socorros, si me dieras en España libres y desembarazados puertos para su arribo, lo cual tengo por imposible. Alá te guarde, y Mahoma te bendiga y dé gracia para que aumentes su secta. De Fez para lo que te cumpliere. — *Mahomad, rey de Fez.*

Leída esta carta por el reyecillo delante de los de su consejo, no quedó muy contento de lo que el de Fez le ofrecía, ni de los consejos que le daba; y así dijo á sus capitanes, que estando ya levantados con tan poderoso ejército, lo que mas convenia en aquellas circunstancias era cobrar los puertos inmediatos á la ciudad de Vera, porque una vez tomados no le cabía duda de que el rey de Fez le cumpliría su palabra, habiéndole enviado ya su real anillo y en él su sello. Conformáronse los capitanes moros con este dictamen, y añadieron, que aun cuando el de Fez no prestase el socorro prometido, el del Gran Señor no faltaría, y podía esperarse también el de otros soberanos de las costas del mar libico. En seguida Abenhumeya salió de las Alpujarras y tomó la vuelta del río de Almanzora, llevando consigo mucha gente de aquellos lugares, hasta llegar á la ciudad de Purebena, en donde fué muy bien recibido del valeroso capitán Maleh y de la tropa que mandaba. Sirvió de mucha satisfacción al reyecillo que el Maleh aprobase su intento y el viaje que llevaba para la ciudad de Vera; y así le prosiguió yendo siempre por el río abajo hasta llegar á las cercanías de Curgena, donde se apartó del, y tomando la vuelta de la atalaya de la Ballabona, se puso por allí en pocas horas á la vista de la ciudad, en donde había ya noticia de la venida; y por esto estaba preparada para su defensa, con las puertas muy bien cerradas y hecha buena provision de las cosas necesarias. Luego que llegó el moro, lo primero que hizo fué destruir la poca gente de guerra que tenía la ciudad, y con quince mil hombres que llevaba ponerla un poderoso sitio, desde un punto tan cercano á las murallas, que las balas de la arcabuceria alcanzaban de la una á la otra parte del pueblo. Puestos los de Vera encima de la muralla, tiraban arcabuzazos á sus enemigos y les hacian mucho daño; por lo cual los moros derribaron varias casas del arrabal, y abrieron en las paredes maestras muchas troneras, desde donde tiraban á su salvo á los de la muralla.

Dentro de la ciudad andaba un ruido espantoso entre mujeres, niños, soldados y ciudadanos, andando revueltos, todos unos con otros: los hombres acudian adonde mas combatida se veía la ciudad, recelando que el enemigo trajera escalas para tomar los muros; y con efecto, si las llevaran los moros, hubiera sido por ellos ganada Vera sin duda alguna; las mujeres trabajando varonilmente con las faldas alzadas, unas hacian balas para que

las tirasen sus maridos, y otras á saban carne y guisaban ollas para los defensores de la plaza. Todo era comun en la ciudad; y todos comian de lo que había, sin apartarse un punto de la muralla por el temor de que el enemigo la escalase. Hacian de noche grandes hogueras en la plaza y por todas las calles, de manera que estaba la ciudad tan clara como si fuera de dia. Tenian como de reserva unos sesenta soldados de á caballo, y algunos decian que saliesen fuera de la ciudad á escaramucear con los enemigos, pensando otros que esto no era bien acordado, porque los moros eran muchos, y ellos luego serian muertos á escopetazos. Sonaban las cajas de guerra de los moros, y correspondian las trompetas de la caballería cristiana, de modo que dentro de la ciudad andaba un alboroto muy grande: así estuvo Vera cerca de dos dias. Los moros llevaban una pieza de batir, y dispararon con ella un tiro al cubo de una torre, al cual hizo notable daño: esto sucedió el dia primero del cerco; pero quiso Dios que aquel tiro fué el primero y el postrero, porque reventó la pieza por la demasiada carga que le echaron; pues á no suceder así, fué entrada y saqueada la ciudad á pocos tiros que tiraran.

En la segunda noche de verse los de Vera en tanta estrechez, acordaron enviar á pedir á Lorca socorro con toda diligencia, y así, apenas rompió el alba, abrieron con el disimulo mayor que se pudo una de las puertas de la ciudad, y por allí enviaron á dicho fin tres escuderos sobre buenos caballos. Apenas salieron fuera cuando picaron de espuela y echaron á volar con la rapidez del rayo. Luego que los moros los vieron les tiraron muchos escopetazos, y quiso Dios que no les acertara ni un tiro. El que de los tres llevaba mejor caballo llegó á Lorca á las once del dia, habiendo andado once leguas en seis horas; otro llegó á las doce, y ya á este tiempo estaba junta en cabildo la ciudad de Lorca, deliberando sobre lo que se haria, porque estando Vera en la jurisdiccion de Granada, no había obligacion precisa de socorrerla. Sin embargo se acordó que fuese Vera socorrida, y así tocando luego la campana á rebato, se juntó en la plaza mucha gente de guerra, á la cual se dieron arcabuces de los que casualmente tenía la ciudad en su sala de ayuntamiento, que habían venido de Cartagena para Huéscar, y cuyo factor ó comisionado era Luis de Salazar, escribano de Lorca. En seguida proveyeron de plomo y cuerdas á todos los de la jornada, con tanta prontitud, que á la una de la tarde ya estaba lista para partir toda la gente de socorro. Se nombraron capitanes de caballería á Diego Mateo, el viejo, llamado Guevara, que había venido del campo del marqués, y de infantería á Adrián Leonés Alburquerque, hombre de mucho valor. Juntáronse en la plaza de Lorca ochocientos soldados de á pié, todos jóvenes y buenos tiradores, y unos ochenta de á caballo, compuestos de hijos-dalgo y de las familias mas distinguidas. Serian las dos de la tarde cuando la gente brillante de Lorca salía ya por la puerta de Nogalte, y tomaba la vuelta de Vera, sin que jamás se hubiese visto antes reunido un socorro con tanta presteza. Caballeros y peones salieron á rebato y volaron como aves, de manera que al anochecer llegó á la fuente de Pulpi toda la gente, y tomando un corto refresco, pasó de allí adelante sin parar un solo punto, y al romper del alba se halló ya al pié de las murallas de Vera gritando: *Santiago, Santiago, aquí está Lorca, que viene de socorro.*

El reyecillo malo, luego que vió salir de Vera á los caballeros para pedir socorro á Lorca, perdió la esperanza del buen éxito de su empresa, aunque toda aquella noche combatió la ciudad vigorosamente pensando todavía tomarla. Para saber cuando llegaría el socorro, despachó espías y puso atalayas en los puntos mas elevados de la sierra; estas, luego que descubrieron la gente de Lorca que acudia al socorro de Vera, haciendo humadas muy

grandes, avisaron con la señal concertada al reyecillo para que pudiera retirarse. Las humadas se percibieron al tiempo que los de Lorca llegaban á la fuente de Pulpi, y el campo moro tomó inmediatamente la retirada por el río de Almanzora, llegaron á las Cuevas, donde después de haber saqueado el lugar destruyeron un huerto muy hermoso del marqués. Cuando los de Lorca llegaron á Vera, al amanecer del dia siguiente, ya el reyecillo había pasado de las Cuevas, y marchaba para Purchena. Contentos los de Vera al verse asistidos de un socorro tan pronto y tan bueno, abrieron las puertas de la ciudad para que entrara á refrescarse en ella toda aquella gente. Mas luego que los de Lorca supieron que había poco mas de dos horas de que el reyecillo partió de allí, acordaron seguirle, y aunque venian cansados de andar toda aquella noche, partieron tras él aceleradamente, y llegaron á tiempo de sorprender en el río de las Cuevas á la retaguardia del enemigo, y trabar con ella una brava pelea. Pero como los moros caminaban á toda priesa, y no se pararon á la escaramuza, sino que siguieron marchando y tiroteando, recelosos los de Lorca de que la vanguardia rodease por la parte arriba del río y los cogiesen en medio, se metieron en las Cuevas, que acabaron de saquear, porque sus moradores se habían ido con el reyecillo, y se volvieron á Vera, donde fueron muy agasajados, como lo merecian y habían bien menester por el trabajo que habían pasado.

Es de saber, que al tiempo en que los de Vera estando cercados pidieron socorro á Lorca, se dió aviso también á la ciudad de Murcia, la cual, aunque no tenía obligacion de acudir á aquella plaza, sino á Cartagena solamente, se prestó á enviar tropas de socorro por hacer servicio á su Majestad del mismo modo que lo había hecho Lorca. Al punto se tocaron cajas y echaron las campanas á rebato para juntar gente; y aunque se hizo toda la prevencion con la mejor voluntad, no pudo ser con tanta presteza como el caso demandaba, lo uno por la gran distancia que había de Murcia á Vera, y lo otro porque su corregidor mas era para letrado que para soldado. Al fin la noble ciudad de Murcia salió con cinco mil hombres muy lucidos y bien armados; pero cuando llegaron á Lorca ya eran pasados cuatro dias de que los desta última ciudad hicieron levantar el cerco de Vera, como llevamos dicho. Con todo eso, los de Murcia acordaron pasar adelante, llegar á Vera é ir desde allí en seguimiento del enemigo; lo cual visto por los de Lorca, resolvieron marchar en su compañía, y para ello se pusieron á punto dos mil hombres, poco mas ó menos. Llegaron allí también á esta sazón las banderas de Zehegin, Mula, Caravaca, Totana, Mula y Alhama, que sabedoras de que Murcia, cabeza de su partido, hacia aquella jornada, habían salido todas igualmente con ánimo de socorrer á Vera.

Todas estas banderas, que reunirían mas de diez mil hombres, salieron de Lorca una tarde; y poniéndose en camino por el orden que corresponde á la milicia, los de Lorca quisieron llevar la vanguardia, reclamando la antigua posesion en que estaban desta preeminencia, por ciertas provisiones que dieron en su favor los reyes pasados yendo á la conquista del reino de Granada. No queria consentirlo Murcia, por ser cabeza de reino; y así hubo sobre esto entre las dos ciudades algunas diferencias. Las banderas de Cehegin, Caravaca, Totana, Mula y Alhama se pusieron de parte de las banderas de Lorca; y como Murcia llevaba un corregidor flojo, mas letrado que soldado, llamado Varela, no supo dar la orden que era menester en aquel caso, pues si él fuera tan buen general que ahorcara al punto á una docena de los promotores del motin, hubieran sido las resultas muy diferentes. Los de Lorca, pertinaces en su propósito, tomaron la vanguardia con toda diligencia, siguiéndoles las banderas que hemos dicho, y muy enojados desto los de Murcia, quisieran romper con todos. Iban sin embargo allí caballeros muy principales y

cuerdos, que sabian muy bien tomar el pulso á semejantes negocios, señalándose entre otros don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago, su hermano don Francisco, don Pedro Riquelme, don Pedro Carrillo de Albornoz, y Pedro de Balboa, todos recién venidos del real del marqués de Vélez. Llevaban pues la vanguardia los de Lorca, pero no tan esclusivamente que dejasen de ir con ellos muchos de Murcia, obstinados en sostener aquella punta. El capitán de los primeros era el licenciado Juan Leonés, hombre de mucho valor é hidalguía; el alférez de la bandera era otro hidalgo, llamado Juan Marin, soldado viejo de los de Flandes; su sarjento era de Baeza, llamado Juan de Medina, hombre esperto en la guerra. Además había otros muchos hidalgos de la ciudad de Lorca con aquella gente, como Leoneses, Guevaras, Ponces de Leon, Ponces de Guevaras, Alburquerque, Falconetas, Estadillas, Navarros de Cervera, Alcázares, Loritas y otros que no se cuentan. Llegaron presurosamente á la fuente de Pulpi, junto á la cual se alojaron los de Lorca en lo mejor de aquellos ranchos; llegaron los de Murcia, y se alojaron también entre los de Lorca.

Estando ya todas las banderas alojadas, á poco rato se tocó un alarma, la cual fué falsa; mas tuvo cierta pesadumbre porque un negro desmandado, con licencia ó sin ella, se llegó á la bandera de Lorca, que habiendo dejado sus primeros alojamientos estaba con su gente retirada á un cerrillo, y la quiso detener cuando bajaba con su capitán á toda priesa, acudiendo adonde se dió el alarma, que era á la parte de Vera. Así como el negro hizo esta imprudente diligencia, un soldado de Lorca le dió un arponazo, y le mató, pasando adelante la bandera con su capitán, hasta llegar á lo hondo del camino real. Súpose luego que el alarma había sido falsa, y toda la gente tanto de la una como de la otra parte se volvió á sus alojamientos, subiéndose otra vez Lorca al cerrillo de donde había bajado; se supo también la muerte del negro, que era de un caballero llamado Juan Tizon, y la causa por qué le mataron; pero no pudiéndose averiguar el matador, se pasó por alto el caso en aquella noche. De la gente de Murcia salió á caballo un hidalgo, y tomó la vuelta de Vera para reconocer el estado en que estaba, haciendo esta diligencia de orden de la ciudad, que había determinado no pasar de allí sin saberlo: este hidalgo se llamaba Fulgencio de Esquivel, hombre de mucho valor y hermano de Lorente Esquivel, que iba á la sazón por ayudante del sarjento mayor del tercio. Llegó á Vera donde dió noticia de que Murcia venia á su socorro y quedaba en la fuente de Pulpi. La ciudad lo agradeció mucho, y sin mas, Esquivel, en compañía de la gente de Lorca que había hecho levantar el cerco, se volvió á juntar con la de sus banderas, trayendo razon de lo que había visto.

El corregidor de cortos alcances dió una razon muy impropia del caso, y por ella se enojó con él don Pedro Carrillo, diciéndole que era hombre ingrato y mal entendido en la guerra, pues respondia de aquella suerte á un hidalgo que se había puesto en peligro de perder la vida yendo á desempeñar su comision por partes no conocidas y por tierras de enemigos. Lo que dió el corregidor oyendo á Esquivel, fué: *miren con lo que nos viene ahora!* Los caballeros principales de Murcia procuraron que aquel negocio no pasase adelante; y viendo que la ciudad tenía tanta y tan lucida gente reunida en aquel tercio, con ánimo y disposicion para cualquier empresa militar, se acordó que supuesto estaba ya levantado el cerco de Vera, se fuese en seguimiento del enemigo, que estaba entonces cerca de Purchena, á seis leguas de allí. Este acuerdo se comunicó á todos los demás capitanes del ejército, que le consintieron; y para cortar desavenencias entre las gentes de Murcia y Lorca, fué ordenado que las banderas y pendon de Murcia llevasen la mano derecha, y las de Lorca la izquierda; pero que fuesen caminando á la par.

Dióse esta honra á Murcia por ser cabeza del reino, prescindiendo para esta jornada de las provisiones ó privilegios concedidos á Lorca por los reyes pasados para que llevase la vanguardia. Acordado así, quedaron en que al otro día por la mañana marcharía el campo tomando la vuelta de Alanzora, adonde estaba el reyecillo, y en todo el real hubo aquella noche luminarias, hogueras y grande regocijo.

Mas venida la mañana, cuando iba la gente á ponerse en marcha, se mudó de parecer, diciendo Murcia, que sin orden de su Majestad no era justo pasar adelante ni seguir al enemigo, porque la salida que habian hecho era limitada, á quitar el cerco de Vera, y estando ya descercada no habia fundamento para que aquella otra jornada se emprendiese. Triste y desconsolado quedó con tal acuerdo todo el campo, y no sin razon por cierto; pues si aquel tercio llegara á verse con el reyecillo, no hay duda de que le desbaratará y destruyera, acabándose la guerra de todo punto, porque del reino de Murcia se habian juntado alli doce mil hombres bélicosísimos. Sin embargo, al ver que la cabeza del partido revocaba lo que habia acordado, tuvieron que conformarse y no tratar mas deste asunto, volviéndose cada uno á su respectiva tierra. Las ciudades de Lorca y Murcia ganaron fama eterna en la disposicion y prontitud con que prestaron á Vera este socorro, no pudiéndola oscurecer los disgustos que se han referido ocurridos entre ellas. Para cortar el daño que hubiera podido resultar, los caballeros de Murcia procedieron tan generosa é hidalgamente, que sus nombres merecen aprecio y recuerdo eterno; por lo cual designaremos aqui el de los mas principales de las dos ciudades. Estos eran don Juan Pacheco, caballero del hábito de Santiago; don Francisco, su hermano; Pedro Riquelme, don Pedro Carrillo, Pedro de Balboa, Juan Tizon, Diego, su hijo; Bernardo, Cristóbal, y Francisco Galtero; los caballeros Avalos, Lisones, Avellanedas; Sancho Riquelme, alférez del real estandarte; Ginés de Silvestre, sarjento mayor; Bernardino Galtero; los caballeros Tomasés; los Peralejas, y Alemanes Balobreras; don Jerónimo de Ayala, don Jerónimo de Santa Cruz, Francisco Fajardo, don Juan Fajardo, don Juan Vazquez, Rodrigo de Pux Marin, don Enrique Rocaful, Juan Hurtado de Guevara, los Jaimés, Celdraves, Guzmanes y Pajanes; Mateo Borrás, don Pedro de Villaseñor, los Rodas Iofres de Loaisa; Junterenas, Cevallos y Tor-desillas.

De Lorca fueron los siguientes:

Juan Leonés de Guevara, Juan Mellado de Guevara, Luis Ponce de Guevara, Martín de Lorita, alférez mayor de Lorca; Adrian Leonés Alburquerque, Martín Leonés Alburquerque, Adrian Leonés de Guevara, Luis de Guevara, Alonso de Leiva Ponce, Alonso de Leiva Marin, Diego de Leiva, Pedro de Burgos Marin, los Falconetas, los Rendones, Alonso Teruel Alcaide, Alonso Teruel Marcilla, Juan de Teruel Marcilla, los Numeras, Quiñoneros, Piñeros, Perezmontes, y Manchirones.

También de Caravaca vinieron con otras gentes nobles un capitán y alférez muy distinguidos; y por consiguiente de Cohegin, de Totana, de Alhama, y de la villa de Mula, de los cuales citaremos solamente algunas familias, tales como los Borrás, Hitas de Avila, Rosales, Melgarejos, Datos, Torrecillas, y Lázaro Lasos de la Vega.

Hablando destes Lázaros de la Vega, es de saber que un caballero dellos, llamado Juan Lázaro de la Vega, nieto ó biznieto de aquel Garcilaso que mandó matar al rey don Pedro en Burgos, salió de Ciudad-Real por ciertas pasiones que alli hubo; y el rey don Juan le envió á la villa de Mula para servir en aquella frontera con sus armas y caballo en compañía de otros muchos hidalgos que alli se hallaban. Este Juan Lázaro de la Vega casó con una señora de muy noble linaje, llamada Botia, y dellos descendieron los Lázaros Vegas que existen en la villa de Mula y

ciudad de Lorca, del reino de Murcia, sobre lo cual me remito á la ejecutoria que he visto en poder de un escribano del ayuntamiento de Caravaca, llamado Antonio Lázaro de la Vega.

Dejando esto aparte y volviendo á decir del reyecillo, así como este llegó á la ciudad de Purchena, sin que los socorros venidos á Vera de Lorca y de Murcia le hubiesen perseguido, hizo recorrer y saquear todos los lugares del marqués, causándoles poco mal, porque los moradores militaban ya bajo de las banderas del capitán Maleh; y así el daño principal recayó sobre las cosas comunes, como las iglesias y las propiedades del marqués, como palacios, casas y jardines, á fin de que este tuviera que repararlas si acaso las volvía á recuperar. Volvamos al marqués de Vélez, que dejamos en Verja, diciendo primero el romance que se hizo acerca del socorro de Vera.

Pleno de cólera ardiente
Abenhumeya se halla,
Porque el marqués de los Vélez
Venció á su gente en batalla,
Matándole tres mil hombres
De la gente de Granada;
Y de lo que mas le pesa,
Es dejar allá las armas.
Y así, por aqueste agravio,
Se la tenia jurada
De destruirle las tierras,
Y de dejarlas asoladas.
Para salir con su intento
A todo su campo manda
Que se parta para Vera,
Porque queria cercalla;
Y que si viene socorro
De Arjel, halle allí entrada,
Do desembarquen las gentes
En su ancha y grande playa.
El campo se marcha luego,
Dejando las Alpujarras,
Por el río de Alanzora,
Y junto á su orilla pasa;
Al Box destruye y al Boreas,
Del marqués muy estimada,
A Zurgéna y Portaloba,
Sin dejar piedra ni casa.
Tan solo deja á Cantoria
Por ser fuerza muy nombrada,
Y que para sí quisiera,
Que está bien fortificada.
De Oria no hace cuenta,
Que está también custodiada.
Ni de los Vélez tampoco,
Porque tienen buena guarda
De sus mismos moradores
Con lealtad estremada.
Pasa de allí el reyecillo
Haciendo á Vera jornada,
Y entra por la Bellabona,
En donde está una atalaya;
A Vera la pone cerco
Pensando luego ganalla;
Pero Vera se defiende,
Porque tiene gente armada.
Tres días la bate el moro,
No puede adelantarse,
Y Vera puesta en peligro
Con su gente en la muralla,
Pelea muy bravamente
Contra la mora canalla.
Las mujeres valerosas
Se emplean en hacer balas,
Por servir á los soldados
Que andan en la batalla.
Vera corriera peligro
Si el asedio mas durara;
Son muchos los enemigos
Que la tienen sitiada,
Y acuerda pedir socorro
A Lorca, aunque está apartada.
Tres jinetes se aventuran
A atravesar por la escuadra

De aquella morisca gente,
Y salir con su embajada.
Rompen por los enemigos
Con braveza extraordinaria,
Sin que daño recibiesen.
Aunque les tiran mil balas,
Corrieron todo el camino
Sin pararse para nada;
Y el que buen caballo tiene
A los demás se aventaja;
En cinco horas por su cuenta
Dentro de Lorca se halla;
Cuando dió el reloj las once
Su embajada ya está dada.
A las doce llegó el otro,
Y el tercero á la una dada.
Lorca luego se apercebe,
Y á las dos su gente marcha;
Ochocientos hombres lleva,
Porque con estos le basta
Para romper al contrario,
Aunque mucha gente traiga;
También ochenta caballos
Van en aquesta jornada;
Anochecieron en Pulpi,
Y en Vera les tomó el alba.
Abenhumeya que vido
Venir tanta gente armada,
Levanta el cerco de Vera,
Y para las Cuevas marcha;
Y porque eran del marqués,
Las destruye y las abrasa;
Con esto pasa á Purchena
Donde el Maleh ya le aguarda;
Lorca le sale al alcance
Dándole en la retaguardia,
Y siguiéndole hasta el río;
Pero de allí se tornara,
Porque ya toda la gente
Venía muy alargada;
Y para Vera se vuelven,
La cual muy regocijada
Los recibe y los obsequia,
Dándole muy finas gracias
Por aquel pronto socorro,
Que fué de tanta importancia.
Mas tarde la noble Murcia
Salió á hacer esta jornada,
Llevando cinco mil hombres,
Gente toda bien armada;
Caravaca, Cohegin,
Y también Mula la hidalga,
Totana, Alhama con ellos,
Como Murcia se lo manda,
Por ser cabeza de reino.
En todo fué respetada;
Mas cuando llegó esta gente
Vera estaba descercada;
Y no por eso perdió,
Por no ser ya necesaria,
Honor y gloria famosa,
Pues ya salió á la demanda,
Do mostrara su grandeza
Y virtud aventajada.

CAPITULO XIV.

En que se pone cómo el marqués de Vélez se retiró á Adra, y allí llegó el marqués de la Favara con cuatro mil hombres de guerra; y cómo el comendador mayor, con la gente que trajo de los tercios de Nápoles, acometió á los moros de Bentomiz y Frigiliana, siendo al principio maltratado en batalla por estos, los cuales al fin fueron vencidos y saqueados.

Ya contamos cómo el valeroso adelantado de Murcia venció á la gente del reyecillo, el cual escapó, dejando libre y desembarazada la plaza de Verja; pero aunque su escelerencia mandó quemar todos aquellos cuerpos muertos que quedaron en el campo, como pasaban de tres mil, receloso de que resultase algun inficionamiento que dañara su real, mandó retirarse de allí y pasar á Adra, que está distante una sola legua. Se entendió también que tenia orden de hacerlo

así, porque su Majestad habia mandado, que el comendador mayor de Leon, don Luis de Zúñiga y Requesens, fuese por aquella parte con alguna gente de los tercios de Italia, y se la entregase al marqués de Vélez, á fin de que acabara con ella la guerra de las Alpujarras. Para esto fué llamado el comendador mayor, que estaba en Roma; y viniendo á Nápoles juntó de seis á ocho mil hombres de guerra de aquellos de Italia, y embarcándolos en las galeras dió la vuelta de España. Llegado á Barcelona, donde tenia su casa, formó una compañía grande de bandoleros, á los cuales se concedió perdón general de sus malos hechos, porque fuesen con él á la guerra de Granada. Con esta valerosa gente, y la demás que él traía en las galeras, llegó á las partes de Bentomiz y Frigiliana, pueblos de moros levantados y puestos en arma, donde mandó desembarcar, y al punto combatir primeramente la fuerza de Bentomiz, que era muy alta y de áspera subida; puso en la vanguardia á ciertas compañías de la gente de Malaga y su Ajarquía, que habian venido á aquellos lugares por vengarse de un mal tratamiento que los moros les habian hecho, queriendo que atacasen por una parte á la fortaleza, y por otra toda la demás gente de las galeras. Tocada el arma, las cristianas banderas comenzaron á subir la cuesta á toda prisa; pero los moros que ocupaban la altura, defendian la subida arrojando muchas piedras con una endiablada invencion: tenian preparadas muchas ruedas de molino, y por los ojos dellas metidos unos maderos gruesos y largos, y deste modo las arrojaban en derecha sobre las escuadras de los cristianos que subian por la cuesta, y no habia una rueda destas que no se llevase rodando cincuenta soldados si los hallaba por delante, segun la furia y velocidad con que bajaban. Fué tanto el daño que estas ruedas y otras piedras de distinta clase hicieron en los cristianos, que daba grande compasion ver tanta mortandad, y que en pocas horas andaban á tan mal traer las escuadras de unos soldados tan valerosos y veteranos; pero la gente de Málaga y de toda aquella Ajarquía, mostrando una intrepidez admirable, subieron por la parte que les cupo hasta la altura del lugar, donde trabaron con los moros una cruda batalla, durante la cual llegaron arriba los del tercio de Nápoles, y dieron también crudamente con ellos.

Los moros, sin embargo, se defendian y peleaban como leones, matando é hiriendo á muchos cristianos, pero de poco les valió todo su esfuerzo: fueron vencidos, y por último su lugar entrado, quedando en él muertos todos los que con la fuga no pudieron escapar de aquella rota. El saco fué grande, tomándose muchas moras y muchachos cautivos, bien que á precio de gran cantidad de sangre cristiana, y de la vida de soldados muy valerosos que allí fenecieron. El comendador mayor, alcanzada esta victoria, mandó enterrar los muertos y recoger los heridos, partiendo luego de allí con las galeras la vuelta de Málaga, en donde dejó bien poblados todos los hospitales. Quedese aqui algunos días el comendador mientras se reparaba su gente, que bien lo habia menester después de aquella batalla, y volvamos al marqués de Vélez, el cual estaba ya en Adra, habiendo sentado su real como buen soldado y general esperto, y aguardaba las órdenes de su Majestad. Ya habia mandado llevar las moras que tenia á la fortaleza de las Cuevas, para su mayor seguridad, y de allí fueron trasladadas á los Vélez, siendo entre otros comisionados, uno de los conductores el moro Albexari, de quien atrás contamos cómo le prendió é hirió Francisco Cervantes, y se le trajo al marqués á Verja. Este moro llevaba en un macho á Alanzora, su dama, por mandado del marqués, y caminaba con ella llena de contento por gozar de su vista, al paso que ella no se holgaba menos de la conversacion y compañía de Albexari, amándose mucho los dos; y si no fuera porque toda esta historia es de coscorrones, armas y batallas, trataríamos de propósito

de los estremados amores y ternezas de ambos: solo sé decir, que llegadas las moras á las Cuevas, Albexari se volvió con los demás al real del marqués, y le sirvió muy bien y lealmente hasta la conclusion de la guerra.

Abenhumeya, después del cerco que tan en vano puso á Vera, se retiró con su campo á Purchena, resuelto á aguardar allí á los de Murcia y su reino, si acaso se empeñaban en seguirle; pero en vista de que no le seguian, determinó celebrar unas fiestas solemnes, y las mandó pregonar para que se alegrara su gente. El programa destas fiestas era el siguiente: al que mejor se portase en trabada lucha se le darian cien escudos de oro y una corona de laurel; al que se mostrara mas suelto y corriera con más lijereza, se le darian cien escudos de oro; al que de tres saltos levantara del suelo, cien escudos de oro; al que mas peso levantara del suelo, cien escudos de oro; al que mas tiempo sustentara en el hombro un canto de seis arrobas, otros cien escudos de oro y un rico alfanje; al que mejor y mas gallardamente danzase la zambra con una bella mora, se le daria una ropa de seda finísima hecha en Arjel; á la mora que mejor danzase, se le daria una riquísima marlota y cuatro almazales finos; al moro que mejor tañese y cantase á la morisca, y que mejor romance ó cancion dijese, un hermoso caballo aderezado y enjaezado; á la bella mora que mejor cantase una cancion arábica, una hermosa marlota guarnecida de oro; al moro que mejor tirador fuese de canto, treinta escudos de oro y un alfanje; al moro que mejor tirara con escopeta ó arco, diez ducados de oro; al que tirara con honda mas derecho y certero, otros diez ducados de oro.

Todas estas fiestas debian hacerse en la plaza de la ciudad de Purchena, que es al propósito muy ancha y grande, y para ello mandó que se arenase y aderezase, entoldando todas las paredes y ventanas con telas ricas de seda y lienzos blancos y labrados. Se ciñó á estos juegos el reyecillo por falta de disposicion para tener toros y juego de cañas, que hubieran alegrado mas á la gente de su campo. Señaló para estas fiestas el término de doce dias, sabiendo que podia estar quieto y seguro de asalto de los cristianos, atento á que el marqués de Vélez estaba aguardando nuevas órdenes en Adra, y á que el campo de don Juan de Mendoza, teniente del marqués de Mondéjar, se mantenía en Orjiva sin orden de lo que debia hacer. Llegando el día señalado para la peligrosa lucha entre los nancebos mas fuertes y robustos del ejército, mandó Abenhumeya que á un lado de la plaza se pusiese un rico dosel de seda, hecho de los paños de las iglesias saqueadas por los moros, y debajo una silla donde él se sentase, con otros asientos al rededor de no tanto valor para sus capitanes y caballeros mas allegados. Sentados todos, comenzaron á sonar añales, dulzainas, atabales y otros muchos instrumentos de guerra para alegrar las fiestas; los terrados y ventanas estaban ocupados de damas moras muy hermosas y bien arreadas, toda la plaza llena de muchas gentes de las Alpujarras, de los rios de Alanzora y Almeria y de otras partes del reino de Granada, y todos los soldados listos y con sus armas á punto, como buenos militares, por si acaso fuese menester usar dellas.

Luego, al son de muchos instrumentos músicos, pareció en la plaza el valeroso capitán Caracacha, acompañado de gran séquito de turcos, vestidos de grana. En medio deste escudron tan lucido, el bravo capitán se mostró con horrible presencia, desnudo, y trayendo solamente unos paños blancos muy ajustados para cubrir una parte de sus carnes, y todo lo demás del cuerpo reluciente por el aceite con que se habia untado, para que su contrario no pudiera hacerle presa con facilidad. Deste modo mostraba muy bien el turco la robustez de sus miembros y fornidos músculos de brazos y piernas, con la anchura de su pecho y espaldas. Caracacha no era hombre muy alto